



DESCUBRIENDO LOS MANANTIALES DE LA FILOLOGÍA

María Kítova-Vasíleva (2013): *El «Amor a la Palabra»*. Las fuentes del interés por la lengua desde la Antigüedad hasta finales del Renacimiento. Lugo: Axac (Colección *Logophiles*, n.º 5), 574 pp.

LO MEJOR QUE puede decirse del resultado de un trabajo de investigación quizá sea que constituye una obra necesaria. Pues bien, se ha publicado recientemente en español (un año antes apareció en búlgaro), perfeccionada y pulida por la mano rigurosa de su autora, una obra filológicamente necesaria: el libro detallado arriba de la profesora Dra. María Kítova, Catedrática de Lengua Española de la Nueva Universidad Búlgara, en Sofía. Este libro se cataloga dentro de la historiografía lingüística, rama a la que sin duda pertenece; pero va mucho más allá: es una enciclopedia sintética que ilumina amplísimas zonas hasta ahora oscuras, precisamente las más alejadas, las de su génesis, de la filología en su sentido más genuino.

Es una enciclopedia porque abarca una gran amplitud de épocas y de saberes: estudia más de 35 civilizaciones antiguas y sus respectivas conquistas filológicas. Y lo hace de una manera admirablemente sintética, tanto en el plano de la macroestructura (el cuerpo de la obra ocupa tan sólo 371 páginas repartidas en siete capítulos cohesionados, lo que supone desechar mucha información secundaria) como en el de la microestructura (¡cuánto agradece el lector la riqueza de divisiones y subdivisiones coherentes de cada capítulo, con sus correspondientes epígrafes, y la brevedad de cada apartado impuesta por la búsqueda de la sustancia!). Tal capacidad de síntesis de la autora revela los muchos años de investigación paciente invertidos, ya que no se trata de una mera recopilación informativa, sino de una elaborada sinopsis fruto de una compilación reflexiva. Es decir, una cantidad de información extensa que se convierte en intensa gracias a la sistemática supresión del fárrago: muy bien seleccionada, ordenada, conexas y sucinta.

Esta enciclopedia era necesaria porque, en palabras de la autora, «solo unos pocos estudios realizados reflejan la historia del surgimiento del consciente interés

por la lengua: el proceso que va desde la antigüedad más lejana hasta nuestros días. La mayor parte de las obras historiográficas se dedican a las conquistas del s. XIX y, sobre todo, a la lingüística del s. XX» (p. 20). Y es que las sombras de la lejanía, por la perseverante abnegación que su iluminación conlleva, arredran a los investigadores. No es el caso, afortunadamente, de la Dra. Kítova, que, frente a ideas inducidas por el desconocimiento generalizado, aborda el descubrimiento de lo tapado por el tiempo sabedora de su relevancia: «Los estudios consagrados a la historia de la lingüística suelen hacer hincapié en la ausencia de datos fidedignos acerca de las manifestaciones de intereses filológicos durante las épocas de nacimiento de las civilizaciones más primitivas. No obstante, existen ciertos indicios que permiten suponer que ese interés es tan antiguo como el mismo hombre, que incluso en los albores de la civilización humana, cuando se establecían las primeras formas de escritura, los seres humanos estuvieron atraídos por los problemas del lenguaje» (p. 20). Y, tirando del hilo de esos indicios, la autora da con el ovillo; remontando el río cada vez más estrecho y lleno de dificultades, descubre y esclarece los manantiales de la filología.

El estudio acaba en la prolongación del final del Renacimiento, en sentido amplio, «por varias razones. La principal se debe tal vez a la opinión, bastante difundida, por cierto, de que el establecimiento de la auténtica ciencia del lenguaje se inicia durante el s. XIX» (p. 21). Y la autora aduce al respecto una cita muy pertinente de Mounin: «a partir de Whitney, todo lo que se refiere a la historia de la lingüística anterior a 1816 ocupa con gran frecuencia algunas páginas, rara vez unas treinta, de toda una obra. Este modo de ver merece ser revisado y matizado. La lingüística no estalla en el s. XIX como tempestad en el cielo sereno. Ha sido preparada por toda la reflexión anterior sobre el lenguaje cuya historia solo ha podido esbozarse, al menos desde Egipto» (pp. 21-22).

Un gran acierto de María Kítova, a mi entender, ha sido tomar como referencia, como columna vertebradora de la obra, las religiones y los mitos, ya que, efectivamente, la palabra, sobre todo la escrita (el *verbum*, el *lógos*...), siempre estuvo muy ligada a lo sagrado y a los ritos, especialmente en las épocas antiguas con poblaciones mayoritariamente analfabetas que consideraban la escritura como algo mágico y superior; incluso hoy quedan muchas reminiscencias, cuando no claros testimonios, de ello. «Con la conciencia de que las creencias religiosas conforman gran parte del perfil específico de cada civilización, acabé comprendiendo que, para cumplir mis propósitos, lo mejor sería atenerme a las áreas delimitadas por la orientación confesional de los pueblos» (p. 22). Declaración que autoriza con oportunas citas de expertos en el dominio de la historia de las religiones, como Ninian Smart. «Basándome en las opiniones de los especialistas en la materia, he tratado de esbozar los

rasgos más típicos de los sistemas y los subsistemas filosófico-religiosos que constituyen las bases de las diferentes áreas culturales cuyos representantes han influido de una u otra manera en el desarrollo de la ciencia del lenguaje» (p. 23).

He ahí el productivo principio que cimienta e informa toda la obra: las creencias religiosas, los sistemas y subsistemas filosófico-religiosos, son esencialmente culturales y generan las distintas civilizaciones, civilizaciones que requieren y valoran su propio lenguaje con sus peculiares manifestaciones. Y al pensar en sociedad se habla y al hablar se piensa; así que el *zoon politikón* que piensa (*homo sapiens*) se expresa mediante el lenguaje (*homo loquens*), y viceversa. De ahí la proclamación de la autora: «El libro se plantea investigar cómo en la conciencia de los humanos han ido estableciéndose nuevos modelos de pensar y de concebir el mundo, cómo ha ido despertándose la curiosidad por el rasgo más característico de los humanos, aquello que los ha convertido en seres distintos de cuantos existen en el Universo: la comunidad humana y el lenguaje son producto de evolución paralela, y ello significa que el *Homo sapiens* se identifica con el *Homo loquens*» (p. 23).

El libro se abre con un magnífico índice de nueve páginas, detalladísimo gracias al reflejo de todas las divisiones y subdivisiones del trabajo, con sus epígrafes correspondientes, de hasta seis niveles de distribución. El lector siempre agradece estos índices tan bien clasificados, que suelen denotar garantía de calidad, sobre todo en este tipo de obras enciclopédicas con tanta información y tanto nombre propio, por dos razones básicas: porque la visión en perspectiva, el panorama de la inmensidad erudita, le facilita calibrar rápidamente la clase de contenido con que se va a topar, y porque le permite encontrar con prontitud el dato, el personaje o el apartado determinado que busca.

Después de una lista de agradecimientos, María Kítova nos explica en un imprescindible prólogo, ingeniosamente titulado «Si la “máquina del tiempo” existiera...», las razones de haberse embarcado en esta investigación, la metodología científica, el estado de la cuestión, los principios de los que parte y los propósitos perseguidos. Lo dicho: imprescindible para una orientación cabal.

El cuerpo del libro se estructura en siete capítulos. El capítulo I, «Ritos, protomitos, lenguaje, religión: pasos en el proceso de modelación de la mente humana», es como los cimientos de la obra, puesto que fija las bases teóricas necesarias, siempre en función de la idea reina: las estrechas relaciones entre las creencias filosófico-mítico-religiosas y el lenguaje. Precisamente para que el lector no pierda ese norte, en la cabecera del capítulo, a modo de lema, coloca la siguiente cita de Nina Mechkóvskaya: «Lengua y religión: dos semióticas, dos imágenes del mundo, dos torbellinos en el alma del ser humano, [...], dos inicios diferentes, pero relacio-

nados entre sí: los más profundos y complicados de la cultura humana...». Tras delimitar los conceptos de *mito* y *religión* y explicar sus orígenes, se describen sus distintas manifestaciones antiguas: panteísmo, politeísmo, culto a la Diosa-Madre, animismo, totemismo y chamanismo. La autora nos perfila las creencias de las interesantes civilizaciones mesopotámicas y egipcias y los politeísmos de Grecia, Roma y la India antigua. Analiza después la aparición de las doctrinas filosóficas universales de carácter no teísta (budismo y confucianismo) y termina estudiando la génesis de las religiones monoteístas: judaísmo, zoroastrismo, cristianismo e islam. Es decir, en este capítulo se examinan la identidad y las características de las diversas religiones, mitos y creencias aledañas, sin perder nunca de vista la idea madre de su vinculación íntima con el desarrollo del lenguaje.

El capítulo II, «El interés por la lengua en la Antigüedad: en busca de los pasos perdidos», se ocupa de la génesis de los diferentes sistemas de representación de la expresión lingüística, sistemas cuya aparición obedece a la necesidad de conservar los textos sagrados para legarlos en su forma primigenia a las futuras generaciones, dada la fugacidad e inconsistencia de las manifestaciones orales. De esa necesidad surgió la escritura, ese gran invento cultural: «no es el lenguaje sino la escritura la que nos proporciona la clave mágica que nos abre las puertas a la educación y nos permite asimilar los milenarios valores culturales de la humanidad» (p. 65). La autora no sólo nos da noticia histórica del surgimiento de los primeros sistemas de escritura, sino que los describe, analiza y estudia en su evolución y en sus diversos tipos y subtipos: la cuneiforme (sumerios, anatólios, hititas), el paso de la pictografía a la ideografía (acadios, hebreos, egipcios, la antigua civilización china, los pueblos de América Central: mayas y aztecas), hasta llegar a la «perfección» de la escritura fónica o alfabética (fenicios, minoicos y micénicos). Incluso va más allá: trata de caracterizar las diferentes lenguas que los sistemas escriturales reflejan. Utilísimas resultan las ilustraciones que reflejan y detallan los símbolos y caracteres de los diversos sistemas gráficos.

El capítulo III, como indica su título, aborda «los albores de la filología» propiamente dicha. María Kítova nos recuerda primero que la filología ‘amor o interés por la palabra’ surgió de la toma de conciencia de la lengua como recurso pragmático: «apareció como ciencia cuyo primer objetivo fue decodificar y analizar los documentos escritos para conservarlos y legar a las futuras generaciones la inapreciable información que aquellos contenían. Una de las primeras tareas de la antigua filología consistió en fechar y analizar la autenticidad de los manuscritos» (p. 118). Seguidamente, enfoca su mirada hacia los logros de la ciencia filológica balbuciente en la última época de la Edad Antigua en India (la «cuna de la filología antigua»,

donde surgieron los primeros gramáticos), en Grecia y en Roma. Aquí vemos las valiosísimas aportaciones de figuras de renombre como Heráclito, Parménides, Sócrates, Platón, Aristóteles...; Varrón, Cicerón, Quintiliano... Aportaciones conceptuales que han trascendido incluso hasta nuestros días reflejadas, por ejemplo, en muchos términos de vigencia permanente por su feliz hallazgo: «Los antiguos filósofos griegos establecieron las bases de la terminología lingüística válida hasta la actualidad. Más tarde los gramáticos romanos tradujeron los términos griegos al latín creando, al mismo tiempo, otros nuevos, correspondientes a los nuevos conceptos. Es seguro que una buena parte de la terminología lingüística contemporánea está calcada de la antigua tradición terminológica grecorromana; son términos griegos: *gramática, fonética, léxico, sintaxis, aoristo, indicativo, imperativo, voz* (activa, pasiva), *perfectivo, imperfectivo*, etc.” (p. 142).

Los tres capítulos siguientes están dedicados a la evolución de las ideas lingüísticas a lo largo de la Edad Media. El IV analiza las aportaciones de los pueblos no cristianos: los pertenecientes al mundo religioso hinduista-budista y confuciano-budista (Japón, el Tíbet, Birmania, Vietnam, Mongolia, Corea) y los del ámbito religioso del zoroastrismo, el maniqueísmo y el islam (persas y árabes). El lector agradece que se le señalen los rasgos lingüísticos y literarios más sobresalientes de estas civilizaciones, así como, de nuevo, las ilustraciones iluminadoras, como las de los dos silabarios japoneses, las dos variantes de la escritura tibetana o las gráficas entre el árabe y el persa; observación que es extensible para todas las «novedades» o sistemas gráficos diversos que se estudian en el libro.

El capítulo V versa sobre las ideas y conquistas filológicas del Occidente cristiano: las de sus «Padres de la Iglesia», atraídos, sobre todo, por los orígenes del lenguaje, la naturaleza del signo lingüístico y las funciones del lenguaje (San Agustín, San Jerónimo, Boecio, San Isidoro de Sevilla); las de los escolásticos: dialécticos (Pedro Abelardo, Berengario de Tours), antidialécticos (Pedro Damiano al frente) y los conciliadores de ambos grupos encabezados por Santo Tomás de Aquino; y las de otros (Beda, Alcuino de York o Anselmo de Canterbury). Todos ellos consideraban el latín como la lengua sagrada, la lengua perfecta, la lengua de verdad: «Los eruditos concebían la lengua latina no solo como modelo perfecto e instrumento ideal para realizar los análisis científicos, sino también como el *único objeto digno del interés de los lingüistas*. Dicha circunstancia tuvo importantes consecuencias: durante siglos enteros, hasta bien entrada la época renacentista, los científicos occidentales seguirían concibiendo sus propios idiomas como “desviaciones imperfectas” del sagrado modelo impuesto por la gramática latina» (p. 210). Su interés filológico se centra, pues, exclusivamente en la lengua latina, en cuyo estudio, por cierto, se

manifiestan dos enfoques de los que todavía hoy no acabamos de desprendernos: la confusión *sonido/letra* y la concepción prescriptiva-proscriptiva de la norma idiomática: «Durante la Edad Media los filólogos se dedican exclusivamente al análisis de la lengua latina: sus normas gramaticales se aplican mecánicamente al resto de los idiomas, cuyas particularidades se escapan del interés de los eruditos. Los estudios filológicos de la época revelan la consecuente confusión entre *sonidos* y *letras*, algo normal, dado que el aspecto fónico del lenguaje no se consideraba digno de analizar. La gramática se concebía como arte de hablar y escribir correctamente, lo cual explica su carácter normativo» (p. 226).

No obstante, «a partir del s. VII la mayoría de los pueblos europeos ya empiezan a darse cuenta de su propia identidad lingüística: ello explica sus esfuerzos por crear sistemas de escrituras que reflejen las particularidades de sus respectivas lenguas de origen» (pp. 226-227). De ahí que la Dra. Kítova nos informe de las ideas y conquistas filológicas de los pueblos de lengua propia diferente del latín: las de los irlandeses e islandeses (con su interesante y original primer tratado de gramática islandesa) y las del ámbito románico: franceses, italianos (Dante, Petrarca, Boccaccio) e ibéricos (Alfonso X el Sabio, Don Juan Manuel, Ramon Llull...).

En contraste y complemento con el anterior, el capítulo VI nos instruye sobre las ideas y conquistas filológicas del Oriente cristiano ortodoxo. Sus principios y trascendencia nos los resumió muy bien la autora páginas antes: «La tradición del Oriente europeo, conocido como “Oriente greco-eslavo”, siguió la dirección trazada por las obras de Dionisio de Tracia y de Apolonio Díscolo. Los autores cristianos de Europa Oriental se inspiraban sobre todo por las obras escritas en griego y en sus traducciones a las lenguas vernáculas de los pueblos incluidos en el abigarrado mosaico étnico del Imperio Bizantino. Ese hecho también tuvo importantes consecuencias: gracias a él, desde muy temprano los pueblos de aquella parte de Europa lograron tomar conciencia de la necesidad de codificar sus lenguas maternas. Ello abrió el camino para que, en el s. IX, San Constantino Cirilo el Filósofo se irguiera en el corazón mismo del catolicismo europeo para reivindicar con firmeza el derecho de cada nación de conocer las Palabras Divinas en su propio idioma» (p. 211). Y, por eso, efectivamente, el capítulo comienza explicando el papel de Bizancio en el desarrollo del mundo ortodoxo. Continúa analizando la función de los «Padres de la Iglesia Ortodoxa» en el impulso y difusión de la filosofía, la literatura y la filología (San Clemente de Alejandría, San Juan Damasceno); el decisivo rol de los godos de Misia como puente entre las tradiciones religiosas y culturales del Occidente y Oriente europeos (el idioma gótico; la hazaña del obispo Ulfilas de crear un alfabeto para traducir la Biblia a su idioma materno); la aportación trascendental

de los armenios y coptos (sus idiomas, sus alfabetos, sus culturas) y la contribución siríaca y georgiana.

Antes de cerrar el capítulo con la contribución serbia, la autora, por razones obvias, dado su origen, se demora en la aportación de Bulgaria. Y a fe que nos demuestra su enorme relevancia. Resultó fundamental al respecto la decisión del rey Boris Mijail (852-889) de adoptar el cristianismo ortodoxo, seguramente «atraído por la tolerancia y el tratamiento liberal del Patriarcado Ecuménico respecto a los idiomas excluidos de la “sagrada tríada lingüística”», ya que tal decisión «supuso la definitiva unión de los representantes de dos etnias distintas: los búlgaros y los eslavos» (p. 288). Dentro de su riqueza lingüística y literaria, destaca la creación de dos valiosísimos alfabetos: el glagolítico y el cirílico. El glagolítico (nombre derivado de *glagolǎ*, ‘palabra’ en antiguo búlgaro), el primer alfabeto eslavo, fue creado alrededor de los años 862-863 por San Constantino Cirilo el Filósofo con la intención de traducir los libros eclesiásticos al búlgaro. «En el transcurso de los ss. IX-XI los eruditos búlgaros empleaban tanto el glagolítico como el recién creado alfabeto cirílico. En el s. X el cirílico fue perfeccionado mediante la eliminación de ciertos elementos gráficos y, a partir del s. XII, fue sustituyendo poco a poco al glagolítico. En su aspecto original, el cirílico resultaba una mezcla entre 24 letras griegas y otros 14 símbolos específicos, tomados del glagolítico y de otros alfabetos» (p. 294).

El último capítulo, el VII, se dedica al Renacimiento. En primer lugar, muy sabiamente, María Kítova nos perfila los conceptos básicos que caracterizan la época (humanismo/Renacimiento), así como las ideas filológicas emergentes: «Durante la época renacentista aumenta la importancia de todas las áreas científicas. Al deseo de estudiar lenguas clásicas, erigidas en culto, se suma el interés por las lenguas nacionales tratadas hasta entonces como “desviaciones” o “corrupciones” de una lengua clásica. Las fuerzas nacionalistas europeas subrayan el carácter individual de las lenguas nacionales en apoyo de la idea de Johann Gottfried von Herder de que la psicología popular y la herencia literaria de un pueblo no podrán ser entendidas en totalidad si se desconoce el idioma que habla y escribe ese pueblo» (p. 313). A continuación, hace un recorrido por los pueblos europeos subrayando sus valores filológicos en esta época. Comienza por Italia (Veronés, Alberti, Valla, Bembo...). Se detiene de una manera especial en España poniendo de relieve su enorme trascendencia, tanto la de los precursores (Nebrija, Simón Abril, las gramáticas anónimas, Arias Montano), como la de los «pesos pesados»: Juan Luis Vives, Juan de Valdés, «El Brocense», Aldrete, Jiménez Patón, Gonzalo Correas. Completan el panorama los portugueses, franceses, ingleses, galeses, holandeses, alemanes, suecos, daneses, húngaros, checos, polacos, eslovenos, croatas y concluye con los logros de la «Slavia Orthodoxa».

La autora ha querido cerrar el cuerpo de su obra con un breve epílogo que lleva el sugerente título «“La máquina del tiempo” como metáfora». Son dos páginas entrañables empapadas de sabiduría y humildad en las que incide sobre sus intenciones.

El libro se enriquece con varios «apéndices» que constituyen jugosos complementos: 227 notas explicativas muy extensas (ocupan 71 páginas) colocadas ahí, y no a pie de página, para no entorpecer en exceso la lectura del cuerpo de la obra; una «lista alfabética de insignes personalidades y de autores antiguos, clásicos y modernos» (36 páginas); un índice analítico amplio alfabéticamente ordenado, siempre agradecible, de los «términos y conceptos» que aparecen en la publicación; una «lista de ilustraciones y sus fuentes»; y 14 páginas de «referencias bibliográficas».

En suma, una obra espléndida, verdaderamente magna, necesaria por haber rellenado muchas lagunas, imprescindible, con el gran acierto de ofrecer la vastísima información que contiene admirablemente concentrada. Dos ideas madre la impregnan y alimentan: que el ‘interés por el lenguaje’ (la *filología* en sentido etimológico) es inherente al ser humano y, por lo tanto, se da desde su mismo origen; y que tal interés se vincula estrechamente a las creencias religiosas y mitológicas. La Dra. Kítova ha querido y sabido seguir por caminos vírgenes o poco hollados, llenos de dificultad y zonas oscuras, el fino hilo que nos une al pasado filológico más remoto, retejiendo ese hilo hasta convertirlo en gruesa maroma guía para quienes a partir de ahora deseen transitar por ellos. Hay que agradecerle que haya tenido ese coraje, esa valentía, esa voluntad, esa paciencia y esa abnegada perseverancia de investigadora nata. La científica demuestra su entrega a la filología como disciplina reflejando abiertamente la propia sustancia de esa ciencia: el ‘Amor a la Palabra’.

▪ JOSÉ JAVIER MANGADO MARTÍNEZ